

sideremos las respuestas que ordinariamente se dan á estas preguntas.

Mencionarémos el azar para descartarle en seguida. Decir que el azar impulsó á los Dorios á conquistar la Grecia, y que este mismo azar, expulsando á los vencidos, sembró los gérmenes de la cultura helénica, extendiéndolos y fecundándolos, es no decir nada. ¿Qué significa el azar sino la confesion de nuestra ignorancia? Preguntamos cuál es la razon de que la fuerza civilice, áun cuando sólo tienda por sí á dominar y explotar, y se responde: el azar; y el azar significa un *yo no sé qué*. Quiere esto decir que la causa se desconoce. ¿No sería mejor confesar nuestra ignorancia?

Pero no basta; un deseo irresistible impulsa al hombre á escudriñar el misterio de su destino. Necesita una explicacion, y el azar nada explica. La naturaleza, entendiendo por tal la materia y sus leyes, no nos hace avanzar más en nuestra investigacion. No se trata, entiéndase bien, no se trata de afirmar ó de negar la influencia del clima, del suelo ó de la raza sobre el progreso de la civilizacion. Áun cuando todo dependiera de la naturaleza, siempre quedarían sin contestacion nuestras preguntas. Preguntamos en qué consiste que la fuerza civilice en la antigüedad; preguntamos en qué consiste que los hombres de violencia se conviertan en agentes de cultura sin saberlo y sin quererlo. Contestar que la naturaleza explica el misterio es no decir nada, como tratándose del azar. ¿Qué tienen de comun el clima, el suelo ni la raza con la fuerza ni con los efectos que produce? Entre los antiguos, la fuerza es un instrumento de civilizacion en todas las razas, en todos los países, en todas las latitudes, lo mismo en Asia que en Europa, en el Norte que en el Mediodía, en los Arianos que en los Indo-Germanos. Hemos citado algunos hechos que se refieren á nuestra civilizacion occidental, y hubiéramos podido citar toda la historia. Reconocemos que la naturaleza favoreció la civilizacion helénica; pero ¿fué también la naturaleza quien condujo á Grecia los Dorios, precisamente á punto para expulsar á los Griegos y para esparcir las semillas de su cultura en las islas y sobre las costas del Asia? Esto no tiene sentido. Tampoco lo tiene decir que si los Romanos conquistaron la Grecia y tomaron por maestros á los vencidos, á la naturaleza se debe el beneficio. ¿Qué tiene de comun la naturaleza con las guerras ince-

santes de Roma, ni con la civilizacion latina, fruto de ellas? Queremos saber la causa de que la fuerza civilice, áun cuando su exclusivo objeto sea dominar, y la naturaleza no satisface la cuestion.

¿Habrá que acudir á una ley general? Entendámonos. Ciertamente es una ley general de la humanidad que los pueblos se mezclen y las civilizaciones se comuniquen; pero esto no da la explicacion que buscamos; para que la diera, habría que decir que la fuerza ha sido en la antigüedad, es al presente y será siempre, un instrumento de civilizacion, bajo el sentido que los conquistadores, quiéranlo ó no, tengan ó no conciencia de ello, son siempre y en todas partes los agentes más enérgicos del progreso. Pero así formulada, esta pretendida ley general es falsa. ¿Cómo decir en pleno siglo XIX que la guerra, con todos sus excesos, con la esclavitud de los vencidos y la expulsion de poblaciones enteras, sea un instrumento de civilizacion? Ya la guerra no es indispensable para mezclar los pueblos: la industria, el comercio, la literatura, la ciencia y sus maravillosos descubrimientos, mezclan las civilizaciones, sin necesidad de sangre y de ruinas. En la antigüedad se hubiera podido con alguna razon establecer, como ley de la especie humana, la necesidad de la guerra; se hubieran podido celebrar los beneficios de las invasiones y de las conquistas. Basta lo dicho para que desde luego se miren con prevencion las leyes generales. Aristóteles hizo de la esclavitud una ley de la naturaleza, porque veía que el hecho era general. No le imitemos; la historia, en su marcha progresiva, modifica los hechos y da un mentís á quienes, con marcada ligereza, elevan á doctrina un hecho pasajero.

La fuerza, como instrumento de civilizacion, no es una ley general, eterna; pero áun cuando como tal la aceptáramos, la cuestion iniciada anteriormente quedaría en pié. Con efecto, se reduciría todo á determinar un hecho, á saber: que la guerra tiene la virtud de civilizar á los pueblos, unas veces influyendo los vencedores sobre los vencidos, otras los vencidos sobre los vencedores. En cuanto á la antigüedad, reconocemos el hecho y preguntamos la explicacion. Pero hacer constar un hecho no es explicarlo. El misterio, por tanto, subsiste, lo mismo en la doctrina de las leyes generales que en las teorías que invocan la naturaleza ó el azar. Un efecto moral, tal como la civilizacion, supone una

causa moral, es decir, inteligente y con conciencia de lo que ejecuta; mas ni el azar, ni la naturaleza, ni las leyes generales ostentan ese carácter. El azar es una palabra vacía de sentido. La naturaleza y las leyes generales no explican nada; áun suponiendo que desempeñaran un papel, no pueden considerarse como causas morales, sino como efectos de una causa primera que lo ha ordenado todo con una sabiduría infinita. De esta suerte el estudio de los hechos nos conduce forzosamente á Dios y á un gobierno providencial.

Los que creen en Dios deben también creer que vive en el mundo y en nosotros, que nos inspira los buenos pensamientos, nos da fuerzas para ejecutarlos y dirige la educacion del género humano. El destino de los individuos y el destino de la gran familia á que pertenecen están íntimamente ligados, el uno depende del otro: si Dios está en el mundo y en la humanidad, está también en nosotros; y si está en los individuos, es consiguiente que esté ó intervenga también en los pueblos. Dios nos ha dado como ley de nuestra existencia el perfeccionamiento incesante é infinito de nuestras facultades intelectuales y morales, y nos ha colocado en un medio apto para que podamos desarrollarlas. Este es un primer beneficio del gobierno providencial. No hay inconveniente en relacionarle con la naturaleza, pero sin olvidar jamás que ésta es efecto antes de obrar como causa.

Nadie puede negar esa primera accion del gobierno providencial, porque está grabada en la naturaleza. No depende de nosotros, como no depende tampoco la eleccion del tiempo y del paraje en que vemos la luz ó donde debe pasar nuestra vida. Entónces ¿de quién dependerá esa accion sino de Dios, puesto que ya hemos descartado el azar? Dios continúa dirigiendo nuestra educacion; si el hombre atiende las inspiraciones que iluminan su conciencia, sentirá la presencia de la divinidad; su accion se manifiesta ostensible y evidente en los hechos históricos. De no rechazar sistemáticamente toda nocion de causa, forzosamente habrémos de reconocer una causa primera, moral, inteligente, consciente; sin ella todo es oscuro é inexplicable. ¿Quién obliga á los hombres á hacer lo que no quieren? Si no es Dios, ¿quién será? ¿Qué se gana en desterrar á Dios de la historia? Lo que se ganaría suprimiendo el sol de la naturaleza física. Los ciegos pudieran negar su luz; pero no se concibe una

ceguera de espíritu hasta el punto de negar la presencia de Dios que ilumina nuestra conciencia y explica nuestro destino. Pudiera el hombre negar que lo siente en sí, pero no que en la vida de la humanidad hay una serie infinita de hechos inexplicables, si se rechaza la intervencion de Dios en la historia, al paso que se explican con la mayor evidencia desde que se admite un gobierno providencial. En este sentido, la historia es una glorificacion de Dios. Pidense pruebas de su existencia y de su gobierno. Abrid la historia, contestarémos, y encontraréis muestras de su accion en todas las páginas de nuestra vida.

N.º 3.—*La fuerza, preparacion del cristianismo.*

I.

La fuerza que prepara el advenimiento de una religion de paz, de una religion de caridad, de una religion que rechaza la fuerza y á cuyo imperio va á poner fin, es una maravilla más estupenda aún que las que acabamos de relatar. Hay conquistadores civilizadores, y su mayor número le encontramos en la antigüedad. Los antiguos idealizaron ya á Alejandro; y para que así lo hiciesen, fuerza era que el héroe hubiese tenido las altas miras que al ideal se prestan. Sus más apasionados admiradores no han soñado atribuirle la gloria de haber preparado el cristianismo; pues bien, comparte esta gloria con los conquistadores medio bárbaros del Asia y con el pueblo inculto que se atribuyó la mision de vencer al mundo y gobernarle. Vano fuera negarlo. Hay un hecho incontestable, y es que la predicacion de la *buen nueva* coincide precisamente con la fundacion de la unidad romana. ¿Es este un hecho accidental? Oigamos á Bossuet celebrar los designios de Dios: "Dios, que habia resuelto juntar el pueblo nuevo con las demas naciones, reunió primero las tierras y los mares bajo el mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, en otro tiempo extraños los unos á los otros, y reunidos despues bajo la dominacion romana, ha sido uno de los medios más poderosos de que la Providencia se haya servido para dar curso al Evangelio."

¿Responde acaso á una preocupacion ese magnífico lenguaje? Hemos reprochado á Bossuet que abarca toda la historia en el cristianismo, que su-

bordine todo al pueblo de Dios y á Jesucristo. ¿Habríamos de reprocharle también que vea en los conquistadores instrumentos de Dios para la propagación de la *buena nueva*? La idea no procede de Bossuet, remonta á los Padres de la Iglesia; y ¿quién mejor que ellos podría apreciar los obstáculos que encontró la predicación del cristianismo? ¿Quién mejor que ellos podría saber si el imperio favoreció esta propaganda? El hecho es tan evidente, que no comprendemos que se haya podido negar. Esa evidencia resulta al mismo tiempo un testimonio en favor del gobierno providencial, y, sin embargo, se niega este gobierno, por el empeño de desterrar á Dios de la historia. Nosotros, que creemos que Dios vive en el mundo y en la humanidad, debemos insistir sobre el lazo providencial que media entre el establecimiento del cristianismo y la unidad romana.

Los Padres de la Iglesia se han preguntado muchas veces por qué Jesucristo no vino ántes para salvar al mundo. La primera respuesta que debe darse es que para predicar á los hombres la *buena nueva* se requería que quisieran oír y alcanzaran á comprenderla. Ahora bien, considérese el aislamiento de los pueblos ántes de la conquista romana: los Romanos ignoraban lo que pasaba á las puertas de su ciudad; los Griegos ni el nombre de Roma conocían; el Oriente y el Occidente formaban dos mundos aparte; las naciones hostiles no se aproximaban sino para destruirse; la diversidad de lenguas mantenía á los habitantes de los diversos países tan extraños entre sí como si fueran de distinta naturaleza. En semejante estado del mundo, ¿se concibe la predicación de una religión que se dirige á todos los pueblos? Si apóstoles pertenecientes á una pequeña tribu despreciada de sus vecinos hubieran venido á predicar la buena nueva á los Griegos y á los Romanos, ¿los habrían éstos recibido? ¿Los habrían escuchado? ¿En qué idioma habrían hablado? ¿Quién comprendía el hebreo fuera de la Judea? ¿Sabían el griego los Judíos? ¿Sabían los mil dialectos que se hablaban en el Occidente? Es inútil insistir. Era preciso que á la hostilidad de los pueblos sucediera su asociación, que la lengua griega dominara en Oriente y Occidente hasta que la reemplazara la latina, que concurren diversas circunstancias favorables para que fuese posible la predicación del Evangelio. Pero ¿á quién se debe la unidad romana? ¿Á quién

se debe la extensión maravillosa de la lengua griega primero y de la latina después? Á los conquistadores, á la guerra, á las invasiones, á los excesos mismos de los vencedores, en una palabra, á la fuerza.

La unidad romana tuvo sus precursores, sin los cuales no hubiera sido posible. Desde la antigüedad más remota, una ambición ilimitada anima á los conquistadores; sueñan la monarquía universal. Roma la realiza dentro de los límites en que esta obra contra la naturaleza podía cumplirse; pero ya le habían preparado el camino los conquistadores que la precedieron. Si es verdad que las legiones romanas abrieron el mundo á los apóstoles, también puede afirmarse lo mismo de todos los que, ántes de Roma, fundaron uno de esos inmensos imperios en que los vencedores contaban absorber á todas las naciones. Los *grandes reyes* creían que la Persia no tenía otros límites que el cielo. Ántes de ellos, los pastores feroces que inundaban el Asia como torrente devastador fueron el primer anillo de la cadena que debía sujetar el mundo á la unidad romana. La obra que comenzaron los Asirios fué continuada por los Persas; y ¡cosa notable! los invasores no se dirigían á las ricas comarcas del Oriente; el Occidente les atraía con marcada preferencia. Á cada invasión se iban aproximando al Mediterráneo, hasta que la ambición impulsó á los Persas á la Grecia. El torrente bárbaro se detuvo. El designio que los nómadas del Asia eran incapaces de realizar, tocó en herencia á un conquistador á quien la humanidad aclamará siempre; las brillantes victorias de Alejandro extendieron la gloria y el terror de su nombre á todas las partes del mundo. No se trata ya de una fuerza ciega que destruye; el conquistador edifica ciudades en mayor número que los otros conquistadores arruinaron, y propaga en todo el Oriente la lengua griega, y con ella las ideas y los sentimientos que forman la gloria de la civilización helénica.

Detengámonos un instante á considerar la extensión maravillosa de la lengua de los Helenos. Alejandro la llevó hasta el lejano Oriente, y después de su muerte, la propaganda se extendió aún con la dominación de sus capitanes. La lengua griega fué la lengua de las dinastías griegas que reinaron en el Asia y en el África; la cultura helénica penetró hasta la Judea; los Judíos escribie-

ron en griego, y gran parte de ellos hablaron este idioma. Así se explica el hecho de que el Evangelio se redactase en la lengua de Platon. Necesitábase aún que el griego penetrara en Occidente. Las numerosas colonias que la Grecia envió á Sicilia, á Italia y al extremo Occidente, comenzaron la extensión de la cultura helénica. Los reveses de la guerra ó las disensiones civiles forzaron á los Griegos á expatriarse. Así la fuerza extendió la lengua destinada á servir de instrumento de la predicación del Evangelio y acabó la propaganda. El Occidente resistió un tanto á la civilización helénica; la barbarie era más fuerte que el dulce genio de la Grecia; necesitábase el brazo poderoso del pueblo rey para imponer la lengua y la cultura greco-romana á las rudas poblaciones de la Europa. La guerra inició al pueblo rey en la lengua de los Helenos, extendiéndola luego entre las alas de las águilas de sus legiones. Hé aquí la obra de la fuerza en la preparación del cristianismo. Negarla sería negar la evidencia. El cristianismo primitivo ¿no es griego por el lenguaje, por el genio y por la tradición? Los nombres de los misterios y del culto conservan aún la marca de su origen helénico. ¿Quién ha helenizado el mundo antiguo? La fuerza y nada más que la fuerza.

No bastaba que la lengua griega se extendiera por todo el mundo conocido de los antiguos para que el Evangelio pudiera ser en él predicado; requeríase aún que la paz sucediera á las guerras incasantes que ensangrentaron al mundo durante siglos. Los Padres de la Iglesia celebraron la paz del imperio romano, atribuyendo toda la gloria á Jesucristo, el Príncipe de la paz. Indudablemente, la predicación de la *buena nueva* no se concebiría sin la paz romana. Á pesar de las facilidades que la unidad de Roma daba á los apóstoles, encontraron obstáculos sin cuento: el cristianismo necesitó una larga lucha contra la civilización antigua para dominarla, pero su victoria fué incompleta; si al fin triunfó, debiólo á una nueva invasión de la fuerza, á los terribles hombres del Norte. ¿Cuál hubiera sido el destino del cristianismo sin la unidad romana y sin la paz del imperio? Morir ahogado en su cuna ó vivir como una pequeña secta judaica. Fuerza es convenir en que las tentativas de monarquía universal que condujeron á la dominación del pueblo rey prepararon la vía á los apóstoles, y, por consiguiente, que el reino

de la fuerza inauguró el reinado de la caridad.

Hé ahí un misterio más impenetrable ciertamente que el espectáculo de la fuerza que preside á la civilización. Los Padres de la Iglesia celebran la unidad y la paz del imperio bajo el punto de vista providencial, y tienen razón. Pero si se niega el gobierno de la Providencia, si se deja á Dios fuera de la historia, entonces hay que condenar lo que los Santos Padres han exaltado. La idea misma de la monarquía universal es falsa, porque mata la individualidad, aniquila la libertad, y por lo tanto, roba á la humanidad el principio de toda vida; si pudiera realizarse, sería la tumba del género humano. Considérese lo que fué el mundo antiguo bajo la dominación romana. Montesquieu va á decirnoslo: "Augusto muere, y Tiberio abre la serie de los emperadores monstruos. Contemplemos aquí el espectáculo de las cosas humanas. Véase la historia romana: tantas guerras emprendidas, tanta sangre derramada, tantos pueblos destruidos, tantas grandes acciones, tantos triunfos, tanta política, tanta sabiduría y prudencia y constancia, tanto valor y tanto proyecto de invasión, todo tan bien formado y sostenido y acabado, ¿á qué conduce? Á realizar la ventura de cinco ó seis monstruos." La conclusión es lógica. Si se excluye á Dios del gobierno de las cosas humanas, no queda más que la fuerza, y la fuerza en toda su brutalidad fué lo que reinó en Roma bajo el imperio.

Hay que confesar, sin embargo, que, gracias á la fuerza, gracias á la paz y á la unidad del imperio, por más que la presidieran monstruos, se debe el establecimiento del cristianismo. No por eso ha de atribuirse á la fuerza como tal el honor de los beneficios que la acompañan. No hablamos de los emperadores monstruos; la conciencia se rebelaría si se les atribuyese la menor influencia en el progreso de la humanidad. Pero Alejandro, á pesar de los lunares que empañan su memoria, es un héroe civilizador. Plutarco dice que sembró entre los pueblos bárbaros los principios de la moral al mismo tiempo que los primeros elementos de la agricultura. Con todo, ese conquistador ideal no supo, ni siquiera sospechó, cuál sería el último resultado de sus correrías guerreras. Al difundir la cultura helénica preparaba el advenimiento de una religión que puso término al helenismo: hizo, por tanto, lo que no se proponía; ¿quién le obligó á obrar así? Nosotros responderemos: Dios, añá-